

Estudios americanos.

La literatura mexicana  
durante la guerra de la  
Independencia :: :: :: :: ::

100837

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Madrid, 1917

28620

808

F.

PQ 7111

U 72



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

Imprenta de M. García y G. Sáez.-Mesón de F años, 8

En el año de 1910 apareció en México la primera parte de una obra de gran aliento llamada «Antología del Centenario»; y esa parte era el principio de un estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de nuestra independencia nacional.

En el presente volumen está contenido el trabajo crítico que va al frente de la referida obra, y que confío en que tenga por sí solo algún interés para los aficionados a este género de investigaciones.

Mi objeto, al escribirlo, fué el de indicar las alteraciones que sufrieron nuestras formas literarias con motivo de aquel profundo movimiento social y político que se inició en la Nueva España de 1810 y terminó en el México de 1821.

A este trabajo mío, siguen, en la «Antología del Centenario», amplias y nutridas informaciones. En la tarea de recopilación de documentos y datos biográficos, bibliográficos e iconográficos, me ayudaron, con acucioso e inteligente empeño, los señores don Pedro Henríquez Ureña y don Nicolás Rangel. Mi labor consistió en escoger la parte antológica y en formular juicios rápidos acerca de la época y sus hombres representativos. Nuestros estudios, por circunstancias diversas, quedaron sin concluir y apenas esbozados. No pierdo la esperanza de que otros, o los mismos que los empezaron, los continúen, porque me parece que un trabajo de tal naturaleza abre un impor-

tante camino a las exploraciones históricas y sociológicas de los países hispanoamericanos.

Hoy me atrevo a dar a la estampa mi ensayo para que sirva de antecedente a varios apuntes sobre historia literaria de México, que me he propuesto publicar en breve.

Mi maestro, don Justo Sierra, eminente pensador americano y ministro de Instrucción pública, bajo cuya protección y dirección fué emprendida la «Antología del Centenario», escribió, a guisa de prólogo, la siguiente página que me es grato y honroso reproducir aquí:

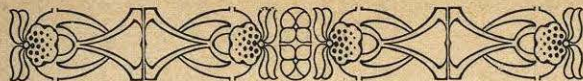
«La obra magna que, en colaboración con los señores Henríquez Ureña y Rangel, ha comenzado a realizar mi amigo el señor don Luis G. Urbina, no necesita de mis recomendaciones como no ha necesitado, por cierto, de mi dirección efectiva. Toda mi labor, gratísima sin duda, ha consistido en esto: aprobar un plan de

trabajo; oír los informes que sobre su ejecución solía transmitirme mi amigo; interesarme cada vez más en ella; leer, a medida que era redactada, la bella y vivaz introducción con que ha decorado la obra y que no es un simple centón, sino una excursión crítica a través de nuestra literatura vernácula en los comienzos del siglo XIX, en la que del análisis, no somero, pero sí rápido, de las obras de nuestros progenitores literarios, resultan unos cuantos bocetos admirables que hablan, que cuentan una historia de almas, de pasiones y anhelos en un momento supremo de nuestra existencia, en el momento en que bajo la superficie mansa del lago colonial se preparaba, como erupción de volcán, el advenimiento de una patria nueva, de una nueva sociedad, de una mentalidad nueva...

Los autores de la «Antología del Centenario» han desenterrado muchas memorias sumidas en el polvo secular como en

un sepulcro; han hurgado muchos papeles vetustos; han removido, aunque con manos pías de poetas y literatos, muchas cenizas, y rastreado muchas anécdotas reveladoras, a la vera de vidas próceres. Esta devoción por su obra, este aquerenciamiento con los archivos que custodian—disecada entre las hojas de sus legajos, pero aún perfumada de emoción y de malicia, la primera flor de la poesía puramente nacional—son la mejor recomendación del florilegio que los autores me encargan depositar en la grada más humilde del altar de la Patria: elaborado con las risas candorosas de un pueblo que despertaba a la libertad y a la vida, con los trágicos afanes de los que golpeaban el bronce de las liras en horas de implacables luchas y con ensoñaciones casi nunca realizadas, casi nunca abandonadas, tal es el libro en sus quilates más subidos: es una obra buena y perdurable. *Justo Sierra.*»

LUIS G. URBINA.



## I

El día 9 de diciembre del año de 1803, la capital de Nueva España renovaba el suntuoso espectáculo de una solemne ceremonia pública: el descubrimiento de la estatua ecuestre del Rey Don Carlos IV, erigida, sobre firme y elegante pedestal, en la plaza de Armas. Ya en el siglo anterior, en 1796, la adulación medrosa del Marqués de Branciforte, que quiso congraciarse con el Soberano y hacerse perdonar sus turbias relaciones con el favorito Godoy, se había apresurado a colocar, en el mismo sitio, una escultura provisional, de estuco dorado, mientras duraba la obra magna de la fundición, limadura y cincelado del hermoso modelo con que el artista va-

lenciano don Manuel Tolsa perpetuó, revistiéndola de la angusta indumentaria de los Emperadores romanos, la innoble figura del Monarca español. Más de un año duraron las arduas operaciones, que requerían diversos artífices, y en las que don Manuel Tolsa hizo «las funciones de escultor, vaciador, fundidor e ingeniero», con sorpresa, admiración y entusiasmo de los habitantes de México. Por fin, aquel día azul y claro, bajo los ardores de nuestro sol americano, que, aun en los meses del invierno, tiene alegrías primaverales, después de la solemne misa de gracias que se celebró en la Catedral—por ser *día de cumpleaños de la Reina María Luisa*—de vuelta al Real Palacio, el excelentísimo señor Virrey don José de Iturrigaray, acompañado de la Real Audiencia y demás tribunales, de otros Cuerpos ilustres y de la Nobleza, que con tan glorioso motivo concurrió al besamanos; asomados a los balcones todos los personajes de la comitiva, y, además, la excelentísima señora Virreina doña María Inés de Jáuregui y el ilustrísimo señor arzobispo don Francisco Xavier de Lizana, en medio de un repique general de campanas, sobre el mar de cabezas que alborotadamente colmaba la gran plaza, se rasgó en dos mitades el velo encarnado que cubría la regia efigie, y apareció

el bronce reverberante, perfilando en el aire límpido el contorno del caballo magnífico, el grueso torso del jinete, el extendido brazo cuya mano empuña con dignidad el cetro, y, por coronamiento, la testa, a la que pulidos retoques no pudieron quitar su aspecto de dueña nariguda y obesa, tocada con la simbólica rama de laurel.

«Inmediatamente—dice la *Gazeta de México*—se le hicieron los supremos honores debidos al original que allí se representaba.» Se descendieron diez piezas de artillería, colocadas, de antemano, en el interior de la *Elipse*, especie de circo diseñado en el centro de la plaza por un zócalo de piedra labrada, sobre el cual se asentaba una verja de hierro. A los costados de la estatua estaban formados en batalla los regimientos de la Corona y de Nueva España. Las músicas de estos Cuerpos rompieron en himnos de triunfo.

El regimiento de Dragones de México, que estaba fuera de la *Elipse*, al mismo tiempo que los otros y que la artillería, saludó el acto del descubrimiento con tres ruidosas descargas. Las aclamaciones sacudieron la atmósfera.

Calmados los vítores, serenada la multitud, el Virrey mandó que fueran abiertas a un tiempo

las cuatro puertas de la Elipse, correspondientes a los cuatro puntos cardinales, y el pueblo entró en ella, en nervioso desorden, para satisfacer su infantil curiosidad de ver de cerca, ya en materia definitiva y perdurable, la obra del célebre escultor.

Para solemnizar con mayor decoro el acontecimiento, don José de Iturrigaray ordenó también se iluminase por tres noches toda la ciudad, «que se hiciese repique general, paseo público de gala, y demostraciones de regocijo en el teatro». El pueblo se regocijó en una corrida de toros. De todos los barrios, cruzados todavía por canales fangosos, acudió la plebe con su repugnante aspecto de incuria y de miseria, y, rondando la estatua, sentó sus reales en la plaza Mayor, y allí comió y bebió al aire libre. La aristocracia, durante tres tardes, ostentó sus carrozas en los paseos de la Alameda y de Bucareli.

*Currutacos* y *petimetas* lucieron en paseos nocturnos, bajo las portaladas de Mercaderes y Agustinos, su falso y ridículo lujo. Indios y rancheros llegaron, en peregrinaciones, a contemplar el prodigio artístico, de paso para el Santuario de Guadalupe, donde comenzaban ya las suntuosas fiestas de la Virgen. La ciudad entera

pululaba de gentío abigarrado y pintoresco.

Los laberínticos pasillos del *Paridán* estaban incesantemente henchidos. Los *puestos* de todo de *petate* y *tripié* de palo, en donde se voceaban los nombres de frutas o comidas regionales, sembraban, al capricho, el pavimento, en torno de la Elipse.

El pueblo, cuya fantasía infantil quedó herida por la plástica avasalladora de la estatua, empezó a tejer ficciones rudas y cándidas acerca del monumento, y pronto la musa plebeya hizo correr de boca en boca versos referentes al *Cabalito*, como dieron las gentes mexicanas en la flor de apodar la obra del *Fidias valenciano*, según la hiperbólica expresión de los panegiristas.

Y no diré la poesía popular, sino la facultad musical de la nación hispana, particularmente en la región andaluza; esa facultad casi inconsciente, manifestación idiosincrásica de la raza, de hallar espontánea y fácilmente la expresión rítmica y rimada, y de poner en los cerebros más oscuros una chispa de poesía primitiva; esa facultad, repito, se había extendido y desarrollado como prolífica semilla en terreno fértil, en las clases bajas de toda Nueva España, que habían aprendido el castellano, excepto el indio, que conservaba, con su dulce idioma autóctono,

aglutinante y semiflexional, la triste y hosca gravedad de sus costumbres, no modificadas, y de su idolatría apenas transformada en un cristianismo de forma grosera y embrionaria. El cantar callejero, la copla volandera, la *aleluya* oportuna, la sentencia, versificada, de un proverbio local, fueron siempre constante entretenimiento del pueblo mexicano; marcaron siempre uno de sus rasgos mentales más genuinos y persistentes.

La relación de la ceremonia, escrita por la *Gazeta de México* (7 de enero de 1804), trae este curioso pasaje, que describe con fotográfica fidelidad una faz del estado social de la época:

«Deseando el ilustrísimo señor arzobispo que la pública demostración de amor y lealtad del pueblo mexicano para con su augusto Monarca, en la colocación de la estatua ecuestre, se hiciese más plausible entre sus amadas ovejas, mandó vestir en este día con traje uniforme a más de doscientos niños pobres, que de su orden le presentaron los curas de esta capital, sacándolos de las escuelas de sus respectivas parroquias. No contento este digno prelado con testimonio tan expresivo de su afecto a nuestros Soberanos, y de caridad para con los pobres de la capital,

quiso también dar una prueba de su ejemplar humildad, conduciendo a dichos niños en procesión hasta la Santa Iglesia Catedral, en donde oyeron de rodillas la Misa de Gracias, y de allí, por entre un inmenso concurso de gentes, al Salón del Palacio de los excelentísimos señores Virreyes, quedando SS. EE. muy complacidos y edificados con un acto tan tierno y piadoso. De vuelta al Palacio Arzobispal, dió su ilustrísima a cada uno de los niños la limosna de un peso fuerte para que socorriesen a sus padres y familia.»

Dice además la relación que el Oidor Mier y su esposa obsequiaron al escultor y a su consorte (y no a los niños pobres, como afirman Bustamante y otros) con un *suntuoso banquete* y un tejo de oro de quince marcos de peso.

Lo que no dice la *Gazeta*, y éste es el punto interesante para el presente estudio, es que el señor don José Mariano Beristain de Souza, deán de la Catedral, abrió un certamen literario, con seis premios de cincuenta pesos cada uno, y con un brevísimo plazo de cinco días para presentar las composiciones. Concurrieron a él más de doscientos poetas, y las obras premiadas, con otras muchas, se dieron a la estampa en un



opúsculo titulado: *Cantos de las Musas Mexicanas*.

Como se ve, la Iglesia, primera fuerza social entonces, socorrió a la infancia paupérrima con una mano, y llamaba con la otra a los hombres de letras. Era públicamente generosa. En la obscuridad de los templos, en el fondo de los claustros, juntaba ambas manos, más que para orar, para recontar los cuantiosos caudales y para oprimir las pusilánimes conciencias.

Los *Cantos de las Musas Mexicanas* coleccionados por el Canónigo Beristain son una muestra elocuente de la literatura vernácula al comenzar el siglo XIX. Desde la dedicatoria del coleccionador, campea el estilo enfático y sobrecargado de la poesía española en el siglo XVIII. Un eco de las fanfarronerías pomposas del autor del *Polifemo* suena en aquellas octavas *trufadas* de adjetivos adulatorios, y construídas con giros de forzada elegancia. Ya en su *sermón de gracias*, escrito siete años antes con el mismo motivo, en su pomposo sermón del *Caballito*, este orador había desplegado en la cátedra sagrada toda la truculenta riqueza de su literatura y toda su hiperbólica y palaciega adulación.

«Demos un paso más a lo interior de su gran-

deza—había dicho entonces refiriéndose a Carlos IV—. Tú, Señor, que diste a Carlos Antonio una estatura tan gallarda, corpulenta y sobresaliente como la de Saúl, en señal de la altura y eminencia del solio a que le destinabas; Tú le diste también, como a David, una humildad digna de su elevación; como al hijo de Betsabé un corazón dócil, obediente a tus preceptos y a los de su padre; como a Ezequías un amor tierno por la felicidad de sus pueblos; como a Josías una religión la más pura, y un celo por Tu ley el más vivo y acendrado. ¿Y podré yo, Señor, hablar dignamente de la fidelidad, generosidad y moderación, que concediste al Príncipe de Asturias...? Carlos Antonio es un Don de Dios, y como tal, ejemplo de hijos fieles y de vasallos leales; Don de Dios, destinado, por lo mismo, a regir un gran Imperio en los tiempos de las sublevaciones, de las ingratitudes y de los parricidios; Don de Dios, lleno del espíritu de obediencia, del espíritu de amor, del espíritu de respeto a su Rey y padre dignísimo...

»Carlos IV—¡oh mexicanos!—frecuenta muy a menudo, con indecible regocijo de la Iglesia y edificación de sus pueblos, los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía; Carlos IV no habla a los obispos y sacerdotes con aquel tratamien-

to de *vos* o de *tú* que la Majestad de sus antecesores acostumbró siempre, sino con otro más respetuoso y honorífico; Carlos IV reza; Carlos IV hace oración; Carlos IV ayuna; Carlos IV canta por las mañanas los salmos de David. ¡Qué ternura para ti, Iglesia Santa! ¡Qué espectáculo tan agradable al mismo Dios! Y para vosotros, ¡qué incentivo de amor y de respeto, españoles! Después de un Eduardo de Inglaterra, de un Enrique de Alemania, de un Esteban de Hungría, de un Luis de Francia, de un Fernando de Castilla, y otros que veneramos en los altares, yo no sé cuántos reyes puedan haber dicho con David, literalmente, lo que Carlos IV: *Cantabo et Psalmum dicam domino*. Un Rey de este carácter es el que San Juan Crisóstomo deseaba ver para darle el Imperio de la Tierra y de los Mares...»

En esta pieza oratoria, la retórica envuelve en una *pasamanería* chillona el servilismo más hipócrita y ruin. Es todo un retrato moral del hombre que, años más tarde, fulminó sus cláusulas altisonantes contra los autores de la emancipación, contra los revolucionarios. Era, indudablemente, este criollo poblano, uno de los más conspicuos intelectuales de su tiempo: era ilus-

trado; era cortesano. Activo y enérgico defensor realista, quizá no tan leal como activo, escribió tonantes tiradas retóricas para el periódico y para el púlpito. Ahí están sus artículos en *El verdadero ilustrador americano*, en *El amigo de la patria*; ahí está su *Declamación cristiana en la función de desagravios a la Virgen de Guadalupe*. De cualquier modo, todo se le puede, todo se le debe perdonar, porque dejó un monumento de paciencia y de inteligencia en su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, índice literario de tres siglos, muy nutrido y completo, si bien no siempre verídico ni justo, pero sin el cual no es posible hacer estudios sólidos de aquellas épocas acerca de nuestras letras patrias.

Pues bien; como la dedicatoria, todos los *Cantos de las Musas Mexicanas*, todas las poesías contenidas en esa colección, marcan los distintivos singulares del período de la decadencia literaria española del siglo XVIII: la vacuidad, la hinchazón, el prosaísmo. En América vivíamos un poco retrasados en modas y en literatura; tardíamente nos llegaban ambas cosas de la metrópoli. Es verdad que comenzaban ya los poetas de Nueva España a paladear el *gusto francés*. La *Poética* fría, atildada y amanerada del buen señor don Ignacio de Luzán Claramunt de Suel-

ves y Gurrea había pasado de mano en mano durante dos generaciones entre la juventud literaria de México; es verdad que el estilo *neo-clásico* de Meléndez Valdés comenzaba a filtrarse entre los platerescos ornatos del *culteranismo*, y que, aunque poco, influía ya don Leandro Fernández de Moratín en la compostura, armonía y proporción del verso y de la prosa: pero en uno y otra quedaban todavía perceptibles los dejos extravagantes de Góngora, las alambicadas circunlocuciones de Baltasar Gracián y los atrevidos arrestos de concepto y de expresión de don Francisco de Quevedo. Las formas literarias del siglo XVII se resistían a desaparecer y hallaban arraigo y vida no ya sólo en los métodos de enseñanza y cultura, sino también en nuestro modo de vivir colonial, en nuestras costumbres, viejas y persistentes, que nos daban el aspecto de una España arcaica al principiar el siglo XIX.

El hecho de que en una población de ciento cincuenta mil habitantes (de los cuales más de la mitad se componía de turbas de analfabetos, de inculto y grosero pueblo) se presenten en cinco días, a disputarse un premio exiguo y un alto honor, doscientos poetas, demuestra que nuestros grupos de civilización eran esencial-

mente literarios. Y no, por cierto, fué cosa extraña en la capital de México este fenómeno de entusiasmo poético; recuérdese que en 1585 refiere don Bernardo de Valbuena que entraron en un certamen más de trescientos poetas (había más poetas que estiércol, es la frase de Fernán González de Eslava), y que en 1682 la Universidad novo-hispana celebró un brillante certamen en honor de la Inmaculada Concepción, al que concurrieron, en banda innumerable, liras gongóricas para entonar cantos de artificio y divertimento, verdaderos juegos de palabras, sonetos ecoicos, octavas de doble rima, estrofas compuestas, a manera de centones, con versos sueltos del lírico cordobés, arregladas y combinadas, como las piedras en un mosaico, para producir la sombra de un obscuro sentido. Ya, por entonces, la severa mordaza de la regla, la pávida preocupación religiosa, habían hecho enmudecer en la fría celda de su Monasterio de San Jerónimo a la monja apasionada y genial, a la profunda Sor Juana Inés de la Cruz, en cuyos divinos discreteos, en cuyos aéreos y luminosos alambicamientos, como en urdimbres tejidas con rayos de sol, se enredaron para siempre los sueños y los desengaños de un amor misterioso y sin esperanza. En el espíritu de la *Décima Musa*

se anidó el genio más alto de la poesía americana de los siglos xvii y xviii. Tras ella no quedaron sino marañas líricas, ingeniosas y efímeras, no se oyeron sino extrañas canciones, churriguerescas y frágiles, ruidos retóricos, extravagantes y vacíos.

Los *conceptistas* y los *culteranos* españoles habían atiborrado nuestra imitada literatura de insana exuberancia, de falsas ornamentaciones, de oropelescas y caprichosas joyas, de *mal gusto*. Como rocío inesperado en los ardores de un jardín veraniego, cayó al mediar el siglo xviii, en la literatura mexicana, el preceptismo amanerado y gélido, pero sensato y circunspecto, de los rimadores y doctrinarios franceses, con Luzán a la cabeza.

Y las enciclopédicas enseñanzas del fraile benedictino don Benito Jerónimo Feijóo, que en su *Teatro Crítico* y en sus *Cartas eruditas* discutía con espíritu libre verdades positivas, en aquel tiempo «de paralización científica en España»; y las sátiras agudas y donosas del Padre Isla en su *Fray Gerundio de Campazas*, modelo de estilo claro y fácil y de burla elegante; y las censuras risueñas y hondas de don José de Cadalso, en sus *Eruditos a la Violeta* — los tres, hablistas diáfanos —, fueron lentamente influyendo en los mo-

dos de escribir la prosa en Nueva España, sin que pueda afirmarse que por eso perdió nuestra literatura su viejo carácter encrespado, campanudo y pomposo. El movimiento evolutivo de las letras se había retardado un poco en la América española, donde imperaban aún, en la lírica, como en dominio conquistado, el elegante, sensiblero y almibarado don Juan Meléndez Valdés, y con él fray Diego González, y, algo menos, los dos Moratín, el grave don Nicolás y el pulido y marmóreo don Leandro, cuando ya en España anunciaban, con sus clarines de oro, un alba nueva, el arrebatado y radiante don Manuel José Quintana y el vehemente y enardecido don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, ambos transformadores violentos de los moldes poéticos, en los que insuflaron soplos cálidos de *Revolución Francesa*.

En México se cantaba y se vivía a la antigua. La educación jesuítica marcó profundamente sus huellas en el alma de los colonos españoles, en los *criollos* y los *mestizos* que pasaron por las aulas universitarias mexicanas, donde la metafísica sumergía el pensamiento en profundidades de penumbra azul, y la dialéctica era como una malla de razonadas sutilezas. La filosofía escolástica imperaba en toda su magnificencia. Aris-

tóteles y Santo Tomás dividíanse el señorío espiritual. Platón andaba errante, fuera de las aulas, en la mente de algunos pensadores idealistas. A la mitad del siglo XVIII, los jesuitas, consumados latinistas y teólogos, habían influido poderosamente en las orientaciones mentales de Nueva España. Ellos disciplinaron y formaron hombres de la talla de don Francisco Javier Clavijero, el historiador; de don Andrés Cavo, el autor de los *Tres siglos de México*; de don Miguel Mariano Iturriaga, el teólogo; de don Diego José Abad, el poeta de la celebrada obra latina *Heroica de Deo Carmina*; de don Francisco Javier Alegre, autor latino del poemita épico *Alexandriados* y de la égloga *Nysus*, traductor latino de la *Batracomiomaquia* y de la *Iliada*; de don Agustín Castro, traductor de Safo, de Séneca el trágico, de Fedro, Horacio, Virgilio, Juvenal, y de Milton, Young, Gessner, autor de una historia de la literatura mexicana y de varios poemas castellanos.

Desterrada la Compañía de Jesús, quedaron, sin embargo, por largo tiempo, sus herencias intelectuales. Quizá una buena parte de ellas tocó al doctor don Juan Benito Díaz de Gamarra, profesor de filosofía moderna en México, primer expositor, aquí, de Descartes, Locke y Gassen-

di; y alcanzó al célebre presbítero don José Antonio Alzate, cuyas *Gazetas de Literatura* sirvieron tanto como propagadoras de cultura literaria y científica.

En el último tercio del mismo siglo XVIII florecieron, como distinguidos hombres de letras, don Luis Montaña, docto en ciencias y artes; don José Nicolás Maniau, profesor de teología y filosofía en la Universidad de México, y que, entre otros méritos notables, tuvo el de haber sido protector del poeta don Francisco Ortega; don Rafael Sandoval y don José Ignacio Borunda, que se dedicaron a investigaciones filológicas y arqueológicas sobre la civilización precortesiana, y los hermanos don Bruno y don José Rafael Larrañaga, estudiosos latinistas y poetas que vivieron hasta más allá de la primera década del siglo XIX.

Pero estos dos últimos, y don José Agustín de Castro, y don Luis González Zárate, y don Casandro de Rueda y Berañejos, y don Carlos y don Manuel Calderón de la Barca, y los hermanos don Francisco y doña Elvira Rojas y Rocha, y todos los literatos que pasaron de un siglo a otro su bagaje de versos, no hicieron otra cosa sino prolongar la ensordecedora garrulería o el rimado prosaísmo, de cepa genuinamente

española, ya un tanto modificados aquí y allá, como dije, por el *pseudo-clasicismo* de la reciente escuela.



Entre aquella vocería lírica, entrando apenas el siglo nuevo, oyóse de pronto una voz dulce y amable, una voz casi femenina, que entonaba suaves endechas amorosas. Las entonaba con una afabilidad y una cordialidad inusitadas, con un perceptible *tremolo* de sollozo y un ligero humedecimiento de lágrimas, que llegaban al corazón. Era como si entre la algarabía de las aves de corral se escuchase, a intervalos, el zurrear de una paloma en celo. Odas de forma anacreóntica, como entonces se las llamaba, odas lindas y pulcras, que, aun imitando las del cantor de *Rosana en los fuegos*, tenían un acento muy personal de candor y pureza:

«Por la margen de un río  
que mansamente corre,  
la zagala Clorila  
cogiendo estaba flores.  
Una le pido, y ella,  
tan inocente, entonces,

a escoger, de las que echa  
en sus faldas, me pone.  
Su confianza respeto;  
mas entretanto, díome  
palabra de ser mía  
en licitos amores.  
Pasó el Verano: vino  
el Otoño, y conformes  
fueron siempre los frutos  
a sus honestas flores.  
Aprended, zagalejas,  
y vosotros, pastores,  
a disfrutar placeres  
que no son los de Dione.»

De estas dulzuras eróticas pasaba la voz a suspirar nostalgias de perdida felicidad, de bien lejano, de vaporoso ensueño desvanecido:

«Mortal hipocondría,  
que siento como daños  
de mis molestos infelices años,  
enferma de mi musa la alegría.  
Ya no, como solía,  
canta de los pastores  
inocentes amores:  
ya no canta las simples zagalejas  
coronadas de flores  
tras de blancas ovejas.